

## LA NUBE

La tarde ya estaba bastante avanzada. Comenzaba a hacer frío y el sol enrojecía, protagonizando un ocaso prematuro al hundirse en la nube gris que delineaba el horizonte; algo a lo que Jaime ya estaba acostumbrado. Todos los meses la señora Juana, una melancólica mujer de setenta años, bajaba con una flor, o a lo menos con una rama de dos o tres hojas sobrevivientes, y la depositaba al borde de la zona peligrosa; como una ofrenda al destino que habría de unirla a sus seres queridos.

Mientras tanto, el muchacho se quedaba cuidando sus plantas, al mismo tiempo que contemplaba el tenebroso espectáculo del valle; a la expectativa ... por si la nube llegaba a abalanzarse sobre ellos. Lleno de orgullo por su labor, que valorizaba la insignia que llevaba en su brazo izquierdo, permanecía casi inmóvil durante un par de horas, hasta el regreso de la anciana. Y aunque esta vez ella tardaba más de lo acostumbrado, no se atrevió a abandonar a aquellos lánguidos vegetales; pues su dueña parecía amarlos más que a su propia vida. Los ojos del muchacho una vez más se posaron en la nube, que a la distancia parecía estar tan quieta como él, cubriendo una vasta superficie, otrora pletórica de bullicio y movimiento. Paso a paso, su mente comenzó a evocar lo ocurrido en el pasado, que tantas veces escuchara en labios de su abuelo, un recio montañés que no podía evitar la emoción que le provocaba su propio relato.

Los habitantes de La Gran Ciudad se alegraron mucho cuando supieron que al fin sería solucionado el problema de generación energética, y de paso se disminuiría considerablemente la contaminación ambiental. Al menos eso fue lo que aseguraron las autoridades al anunciar la construcción de una Planta Nuclear en la periferia. Al fin y al cabo, ya estaba bueno que se pusieran al día con los adelantos modernos. Pero el incipiente orgullo de todas esas personas fue brutalmente aplastado por el desastroso accidente que destruyera casi completamente la nueva central de energía, sumiendo en la desesperación a la mitad de la urbe, en la plenitud de un soleado mediodía. Provocando una cruel paradoja, en vez de disiparse, el humo que solía hollinar los edificios y ahogar a la nerviosa muchedumbre, se había quedado para siempre. La

mayoría de quienes lograron salvarse emigraron con rapidez a otras latitudes, y en esos momentos sólo unos pocos se atrevían a merodear por la región.

Jaime salió de su ensimismamiento al recordar que no había cumplido con una parte de su labor. Con sumo cuidado, tomó un vaso y fue derramando unas gotas en cada uno de los maceteros. El agua limpia era muy escasa y no convenía desperdiciar la cantidad más mínima. Precisamente, su abuelo había ido en busca del precioso líquido y regresaría al día siguiente. Al terminar el riego su mente volvió al pasado.

...

*Ese día me levanté muy temprano. Hacía tiempo que deseaba visitar a mi abuelo, que vivía en la precordillera, a un costado de La Gran Ciudad; y la señora Juana se ofreció para llevarme. Su marido era un viejo amigo de mi abuelo, y ella solía ir a verlo una o dos veces al año; oportunidad que aprovechaba para recolectar algunas hierbas medicinales que crecían en esas alturas, luego de tomar unos cuantos mates e intercambiar novedades, en una amena conversación. En realidad, yo sabía bien cómo llegar hasta allí, pero mis padres prefirieron que fuera acompañado por la robusta dama. Fue esa mañana, al despedirme, la última vez que los vi. Seis años han pasado desde entonces; y hoy, con los trece que tengo, aún no comprendo totalmente lo ocurrido. El abuelo otorgó refugio a la señora Juana, que perdió a su esposo y a su hijo, y yo decidí quedarme con ellos, a pesar de la nube, pues tenía fe en que Dios no permitiría que nos cubriese. Ambos me quieren mucho, pues represento para ellos el único eslabón que les permite vislumbrar una esperanza en el futuro. Por mi parte, me siento muy contento de poder apoyarlos, a pesar de las restricciones que nos impone la situación. Por ejemplo, todos los días, en tiempo de clases, debo recorrer largas distancias para llegar al colegio; el único lugar donde puedo alternar con jóvenes de mi edad.*

*La idea de formar una brigada para proteger la naturaleza fue de mi profesora, y yo no vacilé en ofrecirme como voluntario; aún cuando estaba consciente de que muchos de los paisajes que me rodeaban, más que de ser protegidos, requerían de una completa restauración. Ella nos dijo, en cierta oportunidad, que lo sucedido era*

*similar al caso de un fumador empedernido, el cual contrajo un cáncer que los médicos intentaron curar con algún tipo de radiación, consiguiendo sólo apresurar su muerte. Esa explicación me aclaró un poco las ideas, pero ¿por qué hay personas que fuman de esa manera? Eso sí que no logro entenderlo. Así es como papá y mamá pasaron a ser células muertas, y yo me dirijo hacia un incierto porvenir.*

...

Jaime volvió en sí nuevamente, esta vez profundamente sobresaltado. Poca luz se divisaba en el valle y no se distinguía el paradero de la señora Juana, ante lo cual decidió salir a buscarla. Corriendo largos trechos y descansando poco, llegó al límite de la zona peligrosa al cabo de media hora. Un sobrecogedor presentimiento le estremeció al no ver depositada, en el lugar acostumbrado, la flor que la anciana había traído consigo; la más hermosa que le quedaba. Angustiado, se esforzó por penetrar con su vista la etérea masa gris que se erguía ante él, sin identificar nada concreto. Frente a esa realidad, dudó unos instantes, mientras sentía que el brazalete verde le apretaba cada vez más; hasta que traspuso los restos de la barrera que en el pasado impidiera el acceso a la fatídica zona.

Luego de avanzar a tientas durante unos minutos, le pareció escuchar uno de los acostumbrados estornudos de la señora. Por un momento, consiguió vislumbrar su figura, internándose hacia el centro de la nube, aún más oscuro que el lugar donde ahora estaba. Quiso seguirla, pero casi de inmediato la perdió de vista definitivamente, y el silencio se hizo tan profundo como un abismo. Ahora fue el mismo Jaime quien dejó escapar un estornudo, que le hizo brincar de susto. Luego de permanecer paralizado durante unos instantes, reaccionó retrocediendo a trastabillones, hasta llegar al límite nuevamente. Una vez que estuvo fuera del peligro, el miedo se apoderó de él; y comenzó a correr atolondradamente, de regreso a casa. Dos lágrimas, resbalando por sus mejillas, se confundieron con el sudor que empapaba su rostro. Y en forma casi inconsciente, sus labios repetían tartamudeando, rompiendo el silencio de la noche que caía sobre las montañas:

- ¡Las plantas! Debo volver a tiempo para retornarlas al invernadero ... Debo llegar a tiempo ...